

Una vida en el alambre

Julio Revolledo Cárdenas

In memoriam Esther Cárdenas Suárez

Nacida en una familia de tradición circense por ambas ramas, Esther Cárdenas Suárez (1924-2005) inició su vida artística a los cinco años, ejecutando un acto de equilibrismo en el alambre y otro de perchas, que realizaba junto con su hermana Ofelia. Domingo Cárdenas y Rebeca Suárez, sus padres, fueron también sus maestros en las artes del circo.

A lo largo de cinco generaciones, los Suárez se distinguieron por su habilidad para la acrobacia ecuestre. Los Cárdenas Suárez no tuvieron una descendencia numerosa, pero el hermano menor de Esther, *Rudy* Cárdenas, llegó a ser el mejor malabarista del mundo.

Esther decía no haber visto un número de alambre, ejecutado por una mujer, con la calidad del que realizaba su hermana. Lo mismo decían de Esther varios artistas que la vieron actuar en las alturas. Y es que su padre había creado no solamente estos números sobresalientes, sino también el acto de malabares de *Rudy*, con el que recorrió los mejores escenarios de Europa y Estados Unidos. Domingo Cárdenas fue asimismo quien formó a don Aurelio Atayde Arteche en el acto de barras.

Esther trabajó en los circos Beas Modelo, Femandi y Atayde que han sido, en diversas épocas, los mejores de México. Fue estrella del Circo Darwin y Jack Blunder, con el que se presentó en Centro y Sudamérica, y llegó a ocupar la pista central del Cole Bros. Circus de E.U., cuando este hecho tenía un verdadero significado en el escalafón circense. En ese escenario compartió estelares con el inolvidable Con Colleano, alambrista australiano que fue reconocido como el mejor en su especialidad.

Al sufrir Ofelia un accidente y verse obligada a abandonar su carrera artística, Esther siguió actuando en el alambre. Se presentó con éxito en diversos teatros de la capital mexicana, en producciones organizadas por Carlos Amador, Jorge Maulmer y Paco Miller.

Esther se separó del circo para casarse con un hombre que dedicó su vida al teatro en el Perú: Luciano Revolledo Olenky, descendiente de familias de actores peruanos y argentino-polacos que residían en Lima y Buenos Aires, respectivamente. Gracias a sus conocimientos en artes manuales, Esther fue profesora en varios colegios de América del Sur. Pero nunca olvidó su pasión por la vida itinerante del circo.

Así fue como Esther, mi madre, me inculcó un enorme respeto por el circo. Las historias que nos relataba, expresaban el aprecio que tenía por su comunidad. Solía decir que el circo estaba colmado de los más hermosos valores humanos y que hacía falta propagarlos. En su opinión, nadie en el circo había contribuido a difundirlos y quienes se esmeraban en denigrarlo habían contado con la complicidad de nuestro silencio. “Sólo la gente de circo —afirmaba— tiene la autoridad para revelar al mundo lo que es su ambiente”. Esa conciencia fue la que me impulsó a trabajar, con su ayuda, en *La fabulosa historia del circo en México*. Sus páginas nos enseñan que el circo es un arte sublime, al nivel de la ópera, el teatro y la danza. “El espectador de circo —decía mi madre— grita de gozo por las emociones que le genera el artista, quien finalmente es un ser hecho de su misma materia”.

Gracias Esther Cárdenas Suárez porque tu filosofía me permitió entender que el circo es el escenario del sueño en la vigilia.

Texto publicado en *Luna Córnea 29. Maravilla México*, Centro de la Imagen/Conaculta/Cenart, 2005.